



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 34.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 20 Agosto 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos.—América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Viaje de la Real familia á las provincias Vascongadas, por D. Ramon Ortiz de Zárate.—Necrología: D. Francisco de Paula Antonio de Borbon, Infante de España.—El Museo del Cario.—En la muerte del ilustre poeta Duque de Rivas, (poesía) por Doña Faustina Saez de Melgar.—A mi buen amigo el Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana, eminente poeta, (soneto) por Don José Lamarque de Nova.—Trovas: A Leda, (poesía) por D. Aureliano Ruiz.—La caza del ciervo, por D. D. D. L.

Láminas. Antigüedades egipcias: Sacerdote de la IV dinastía.—La reina Amnesitis.—Estátua de madera.—Estátuas de las primeras dinastías.—Estátua de madera formando una cuchara.—Estátua de las primeras dinastías.—Ciervo.—Ciervo y cierva.—Una de las ventanas del cuerpo del edificio que estaba contiguo al palacio de los Duques de Mandas.

Hoy hace ocho dias falleció en Madrid S. A. R. el Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula Antonio de Borbon.

La Redaccion de El Museo Literario envia á los piés del Trono su respetuoso sentimiento por pérdida tan irreparable.

El haber tenido nuestro Semanario la alta honra de ver su augusto nombre en la lista de los primeros suscritores, hace doblemente sensible para nosotros la pérdida del padre de S. M. el Rey á quien deseamos haya recibido en su seno la Divina Providencia,

y que ésta dé al propio tiempo fortaleza en su amargo sentimiento á nuestros augustos Reyes.

VIAJE

de la Real familia á las Provincias Vascongadas.

Recibimiento en la provincia de Alava.

Da M. N. y M. L. provincia de Alava y la M. N. y M. L. ciudad de Vitoria, se han distinguido, en todas épocas, desde su incorporacion voluntaria á la Corona de Castilla, por su acendrado amor y lealtad á sus Reyes y Señores, y por el cariño, entusiasmo y respeto con que los han recibido y agasajado, siempre que aquellos se han dignado visitar este apartado rincon de la monarquía española. Las crónicas de viajes de Reyes, que se conservan en los archivos de esta provincia y ciudad, confirman esta verdad histórica. Han ejercido en todos los siglos la hospitalidad, con generosa expansion los alaveses, llevando al último extremo estas virtudes, cuando se ha tratado de huéspedes tan preclaros como sus ilustres Señores.

El recibimiento, acogida y festejos tributados en los dias 2 y 3 de Agosto de 1865, á S. M. Doña Isabel II y su Real familia, forman una página brillante de nuestra his-

toria, son el último capítulo, de esa preciosa coleccion de libros, crónicas y reseñas, dedicados por la noble tierra alavesa á los Monarcas que ocuparon el trono de San Fernando. Los hijos de esa tierra clásica de la tradicion y de la hidalguía, acaban de hacer un nuevo alarde de sus sentimientos patrióticos, y describir un nuevo capítulo en el gran libro de sus ascendientes.

Intentemos bosquejar, á grandes rasgos, el cuadro animado, que á la vista del observador, ofrecia la provincia de Alava en los dias 2 y 3 del actual, interin que los ilustrados cronistas de la casa Real y de las Provincias Vascongadas, con mayores datos y muy superior talento, pintan escenas que nosotros solamente nos atrevemos á indicar.

Eran las seis y cuarto de la tarde del 2 de Agosto, cuando el tren de SS. MM. entraba solemne y magestuosamente en la estacion del ferro-carril del Norte, en Miranda de Ebro, al compás de la *marcha real* de la banda de música militar que formaba á la cabeza de las tropas que, *presentando las armas*, saludaban á los Monarcas españoles Isabel II y Francisco de Asis y á sus cinco hijos. Allí aguardaban, para rendir sus respetos, además de las autoridades de la localidad, las autoridades Vascongadas, de las que recordamos una Comision de la Catedral de Vitoria, el Gobernador de Alava, el Capitan general y las tres Diputaciones generales de las tres provincias hermanas, representadas, la de Vizcaya por los Sres. Diputados generales D. José de Zabalburu y D. José Niceto de Urquizu y Regidor D. José María

de Ampuero; la de Guipúzcoa por el señor diputado general en ejercicio D. Ignacio Sabas de Balzola y los dos Sres. Diputados generales adjuntos, D. Ramon Iriarte, y Don Fernando de Colmenares; y la de Alava por el Sr. Maestre de Campo, Comisario y Diputado general D. Pedro de Egaña y los señores Padres de provincia D. Genaro de Echevarría y Fuertes y D. Ramon Ortiz de Zárate. En estos tres últimos señores concurrían además las circunstancias de ser el Sr. Egaña el único Senador y los Sres. Echevarría y Fuertes y Ortiz de Zárate, los dos únicos diputados á Cortes por la provincia de Alava. Acompañaban también á las diputaciones vascas, los conocidos literatos Sres. Trueba y Urreiztieta, el primero con el carácter de *Cronista*, encargado por las tres Diputaciones hermanas de escribir el viaje de los Reyes á estas verdes montañas cantábricas, y el segundo con el de Secretario de la Diputación guipuzcoana.

El Excmo. Sr. Egaña, como Diputado general de la primera provincia vascongada que iba á tener la honra de ser visitada por SS. MM., dirigió á la Reina la palabra, en nombre de las tres, en términos tan breves, como respetuosos, oportunos y elocuentes, á los que contestó S. M. con la benevolencia de costumbre, y despues de ordenar que las diputaciones forales quedaran en su acompañamiento, continuó el viaje el tren real.

A breve rato, al cruzar el límite de la provincia de Alava con Castilla, dos oveliscos, el estruendo de los cohetes y disparos, los vivas y aclamaciones de los sencillos labradores y el blandir de las campanas de las iglesias de las aldeas circunvecinas, anunciaron alegremente á los augustos viajeros que habían entrado en la noble tierra alavesa, en el antiquísimo solar vascongado. Con igual algazara y regocizo fueron saludados los Reyes en todos los pueblos del tránsito, hasta llegar á Vitoria, y mas especialmente en la fábrica de Manzanos y estacion de Nanelares de la Oca, donde se habían agolpado gran número de gentes, presididas por el clero y el ayuntamiento.

En Vitoria cambia el carácter de los festejos, en la forma, pero conservando la unidad vascona en el fondo. A las sencillas demostraciones de los campesinos, suceden las entusiastas aclamaciones de los ciudadanos; al ruido de la escopeta y el volador, el estruendo del ronco cañon y del chupin; á la dulce melodía de la modesta campana del santuario y de la iglesia de la aldea, el clamoreo de los vocingleros campanarios, de las elevadas torres de la catedral, parroquias y conventos de la ciudad: y á la poética sencillez de las galas de los campos, el lujo ostentoso de las torres heráldicas, flamas, gallardetes, arcos de triunfo, colgaduras, iluminaciones, coches, comparsas, músicas, tamboriles, tropas, numeroso clero presidido por su dignísimo Prelado, y multitud de corporaciones de todas clases; y sobre todo damas hermosas y elegantes que pueblan los balcones de las casas, un gentío inmenso de personas de todas condiciones sociales, de todas edades, que bullen y se mueven y se agitan y gritan y aplauden y victorean, con ardor, á los viajeros egregios. Vitoria, la bella Vitoria, la mas galana y esbelta de las ciudades vascongadas, mostrábase aquella tarde contenta y orgullosa por el alto honor que iba á recibir hospedando en su recinto á la católica Isabel II y su Real familia, y recordaba con alegría que igual honor le habían dispensado anteriormente otros muchos monarcas españoles, y entre ellos los ínclitos *Alonso el oncenno*, é *Isabel primera*, de quienes tan halagüeña memoria conservan los alaveses.

El ayuntamiento presidido por el alcalde D. Ladislao de Velasco, recibió á los régios huéspedes en la estacion, así como otras

varias corporaciones, mostrándose la Reina con todos sumamente bondadosa. Inmediatamente montaron los Reyes, sus cinco hijos, la alta servidumbre, el presidente del Consejo de ministros, y los ministros de Marina, Gracia y Justicia y Fomento, las Diputaciones vascongadas y demás autoridades, en los carruajes que se les tenían preparados, y comenzó la entrada mas solemne, magestuosa y brillante que puede imaginarse.

Habiase dispuesto una doble carrera, lucidamente engalanada que, arrancando de la estacion terminaba por un lado en la Santa Iglesia Catedral, y por otro en el palacio de la provincia de Alava. Ambas carreras estaban decoradas con sumo gusto, vistosidad y galanura, con altos mástiles en los que flotaban millares de banderas, banderines y oriflamos, luciendo los colores nacionales, y de los que pendían verdes guirnalda de follaje y flores que daban un aspecto encantador, magnífico y pintoresco á la ciudad. Las calles se habían enarenado, y como aquellas y los balcones, ventanas y hasta los tejados de las casas, estaban cubiertos de alegre muchedumbre, el movimiento, la vida y la felicidad se veían retratados en todos los semblantes. La plaza nueva, con sus colgaduras y guirnalda, y la del Palacio de Provincia con sus empinados gallardetes, tres arcos, guirnalda y faroles á la veneciana, eran las dos perlas de Vitoria, sus dos joyas mas ricas y galanas. Los tres arcos de la plaza de Provincia y los otros tres que se habían levantado en la calle de la Cuchillería y plazuela de la Catedral, estaban dedicados á SS. MM. la Reina y el Rey y á S. A. el Príncipe de Asturias. Además se habían erigido siete torres heráldicas en representación de las siete cuadrillas, en que, segun el régimen foral, se divide la provincia de Alava; y cada una de estas torres, poblada por mozos de la respectiva cuadrilla, y coronada por un heraldo vestido con toda propiedad, estaban dedicadas á una persona de la Real familia, que se compone por una coincidencia feliz y casual, de siete personas. Las siete torres se hallaban distribuidas en esta forma:

Primera y segunda torre, dedicadas á SS. MM. la Reina y el Rey, por las *cuadrillas de Vitoria y Salvatierra*, en la cabeza de la carrera al pie de la estacion del ferrocarril.

Tercera torre, dedicada al Príncipe Alfonso, por la *cuadrilla de Ayala*, en la cruz que forman las calles de la Union y Animas.

Cuarta torre, dedicada á la Infanta Isabel, por la *cuadrilla de Laguardia*, en la plazuela de la Union, dando frente á la calle del Instituto.

Quinta torre, dedicada á la Infanta Pilar por la *cuadrilla de Zuya*, en la plaza de Castilla, dando frente á las calles de la Constitución, Prado y Postas.

Sexta y séptima torre, dedicadas á las Infantas Paz y Eulalia por las *cuadrillas de Mendoza y Añana*, en los dos ángulos de la plaza de la Diputacion. Estas dos torres tenían la doble dedicatoria de *viva la Reina*, *viva el Rey*, dando frente al palacio de la provincia.

La estacion del ferrocarril estaba adornada con sumo gusto, así en su parte interior como exterior, formando unidad y juego con la ornamentacion general.

Y para que este cuadro admirable fuera completo y acabado, descollaban en él las agujas de todos los campanarios que, engalanadas con inmensas banderas y gallardetes, se elevaban al cielo como implorando la bendicion de Dios para fiesta tan patriótica y tan santa.

Rompió la marcha la Reina con su familia, en el orden que la etiqueta civil y militar prescriben, precedida de una vistosa comparsa de niños de ambos sexos, que la recibieron en los andenes de la estacion. La muchedumbre prorumpió en enérgicos vítores y aclamaciones,

y rodeando su coche la siguió prodigándola las mas evidentes y sinceras pruebas de simpatía y de respeto en todo el tránsito hasta la Catedral, y luego hasta el palacio de Provincia, en que se hospedó. Los heraldos de las siete torres anunciaban al público la llegada de la Real comitiva, y estos anuncios eran contestados con las mas entusiastas aclamaciones.

Las carreras que recorrieron SS. MM. desde la estacion á la Catedral, y de la Catedral á palacio, fueron verdaderas marchas triunfales, ovaciones conmovedoras. En la Catedral recibió á los régios viajeros el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo con el Clero, y en el palacio de Provincia el Teniente Diputado D. Vicente de Payueta, con los padres de Provincia y Junta particular. Cantóse en la Catedral una *Salve*, y recibió en palacio la Reina á todas las Autoridades y personas notables, retirándose en seguida á su cámara.

Eran las nueve, y el aspecto de la ciudad había sufrido una modificacion fascinadora. Sin faltar ninguno de los encantos que hemos descrito, recibieron aquellos un colorido mas fantástico, despues que á la luz del día sucedió la de las iluminaciones que ahuyentaban las sombras de la noche. La ciudad entera ardía relumbrante, y las empinadas torres de las iglesias parecían gigantescos ciriales cubiertos de miles de bugias. Las casas particulares, los edificios y establecimientos públicos, se habían esmerado en las iluminaciones; llamando mas particularmente la atencion el cuartel de San Francisco, y sobre todo las plazas Nueva y de Provincia. Estas dos plazas, magníficamente decoradas y ostentando dignamente en sus centros, las *casas de Ciudad y de Provincia*, nos recordaban esos cuentos orientales en los que se dá rienda suelta á la fantasía, y admirábamos el bellísimo conjunto de sus iluminaciones mistas de festones y juegos de gas con farolitos á la veneciana. Jamás los vitorianos habían visto iluminaciones mas caprichosas y espléndidas.

En el palacio de la Diputacion eran notables el gran salon del Trono ó de Juntas, alumbrado con gas por primera vez, el magnífico comedor con sus arañas y candelabros de metal, sus colosales espejos, busto en mármol blanco de Carlos III, y mesa para sesenta cubiertos; el salon de café ó de retratos de Diputados generales, y las habitaciones dispuestas para la Real familia. La Reina y su augusto esposo ocuparon la parte del Norte del edificio, y la del Mediodía sus cinco hijos, colocándose la servidumbre en los entresuelos y algunos cuartos de oficinas.

S. M. convidó á su mesa á las autoridades y personas notables entre las que se contaban el alcalde de Vitoria, teniente diputado de Alava y las tres diputaciones de las provincias hermanas. Durante la comida las músicas militares y de la ciudad, egecutaron escogidas piezas, y la última cantó himnos dedicados á los augustos viajeros interrumpidos por los vivas de la concurrencia que llenaba la plaza y las avenidas inmediatas á palacio. Concluida la comida se pasó, por breves instantes, al salon de retratos, donde se tomó el café, saliendo en seguida SS. MM. y la infanta Isabel para el teatro.

Quando los heraldos de las torres 6.^a y 7.^a anunciaron la salida de los Reyes, el pueblo prorumpió en estrepitosos aplausos y rodeando el coche Real, acompañó, así á la ida como á la vuelta del teatro á los augustos viajeros, aclamándolos continuamente.

El teatro, lleno completamente, se había tambien engalanado para recibir tal visita, y presentaba un golpe de vista bellissimo, así exterior como interiormente. A la llegada de la Reina, se levantaron magnéticamente todos los concurrentes, y le hicieron un recibimiento tan entusiasta como respetuoso. Durante el tiempo que los Reales viajeros permanecieron

en el teatro, se repitieron los vítores y aplausos y se cantó un himno en su honor.

Después que SS. MM. se retiraron á descansar, la música de jóvenes de la ciudad les dió serenata, cantando varios himnos, y duraron los obsequios hasta las dos de la madrugada.

En la mañana del día 3, los régios huéspedes oyeron misa en la Catedral, y después de almorzar, emprendieron el viaje á Zarauz, á las doce en punto. Desde el momento en que se presentaron al público, así en la ida y vuelta á la Catedral, como en su carrera á la estación del ferro-carril, fueron aclamados Sus Magestades con el mismo entusiasmo y numerosa concurrencia que en la tarde y noche precedentes, creciendo de punto el ardor al observar la interesante escena que en el pórtico de la Catedral tuvo lugar entre los niños de la comparsa y el joven Príncipe de Asturias, al que cubrieron de flores y de caricias; y que mandó la Reina retirar la escolta de caballería para sustituirla con un piquete de *miñones* de esta provincia completamente desarmados.

Los vítores, los aplausos, el estampido del cañon, del *chupin* y del cohete, el blandir de las campanas, las melodías de las músicas y tamboriles, las danzas y comparsas, los ministros, las autoridades, las tropas formadas, y todo el confuso y agradable estruendo que acompañó á SS. MM. en su entrada, le siguió también en su salida, creciendo, hasta el último extremo, al romper la marcha el tren real entre los vivas y aclamaciones, que no cesaron de oírse hasta que se alejaron de la ciudad los egregios viajeros, á los que siguió un gran trecho la muchedumbre corriendo y gritando á los lados de la vía-férrea.

Deja la Reina en Vitoria muy grata memoria y una nueva prueba de su caridad inagotable, disponiendo que se repartan á las monjas de Alava *mil duros*, y *tres mil duros* á los pobres. Esto sin contar otras limosnas y actos de generosidad particulares.

La Diputación de Vizcaya se despidió aquí de SS. MM., continuando en la régia comitiva las de Alava y Guipúzcoa. El Teniente Diputado, Padres de provincia y Junta particular de Alava, se despidieron en el Palacio de provincia, y el Ayuntamiento de Vitoria y demás corporaciones en la estación, á la que acompañó el teniente diputado á los augustos viajeros, quedando todos encantados de la amabilidad, bondad y cortesanía de los Reyes y su familia. En Vitoria se incorporó á la corte nuestro venerable prelado D. Diego Mariano Alguacil, primer Obispo y fundador de la diócesis vascongada.

De Vitoria á las fronteras de Navarra y Guipúzcoa, se renovaron incesantemente las pruebas de adhesión de los alaveses, los cuales cubrían la vía y victoreaban al tránsito del tren Real, quemando cohetes y repicando las campanas, siendo mas notable la recepción del clero, Ayuntamiento y pueblo de Salvatierra, que saludó á los Reyes en la estación, en la que habían levantado un bonito arco de follage, y colocado la música y tamboriles. En el límite de la provincia se habían alzado dos oveliscos, custodiados por los habitantes de los pueblos inmediatos, que saludaron á SS. MM. como leales alaveses, entre el estruendo de los cohetes y *chupines*.

Besaron las manos y se despidieron de SS. MM., la diputación y el Gobernador de Alava, en la estación de Zumarraga, en la provincia hermana de Guipúzcoa, con la satisfacción de oír de los augustos lábios, las palabras mas halagüeñas y espresivas acerca del recibimiento y obsequios que los alaveses habían tributado á su Reina y Señora y Real familia.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

Vitoria Agosto 1865.

NECROLOGÍA.

D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO DE BORBON,
INFANTE DE ESPAÑA.

Publicamos á continuación la biografía del digno príncipe el infante D. Francisco de Paula Antonio, que ha fallecido ayer tarde en Madrid.

El 2 de Mayo de 1808, un pueblo huérfano é inerme, víctima de la conducta de extranjeros ambiciosos, rodeaba el alcázar de sus monarcas de donde iban á salir para su destierro los últimos miembros de la dinastía reinante.

Aquellos numerosos grupos guardaban un continente sombrío y amenazador, y la cólera pintada en su semblante, y hondamente arraigada en los corazones, iba á estallar en uno de esos arranques sublimes que caracterizan en todas épocas la fiera castellana. Entonces se oyó la voz de un niño de 14 años, á quien se iba á deportar, y que sacando la cabeza por la portezuela de un coche con el pecho oprimido de dolor y el rostro inundado en lágrimas, exclamó con entrecortado acento: *españoles, que me llevan, que me llevan prisionero.*

Este grito hizo brotar la indignación por todas partes, emprendiéndose una lucha temeraria, como todas las que tienen la desesperación por consejo, y sobre la sangre de tanto hombre heroico se resbaló la planta audaz del conquistador francés, y sobre este hecho labró la Providencia la emancipación política de la Europa. El pueblo que inauguró esta revolución asombrosa fue el pueblo de Madrid, y el niño que la provocó con sus angustias y sentidas palabras, lo fue el infante D. Francisco de Paula de Borbon.

Nació S. A. R. en Aranjuez en 10 de Marzo de 1794; hijo tercero del rey D. Carlos IV y de la reina Doña María Luisa. Venia al mundo para ocupar una de las posiciones mas eminentes en medio de una nación leal; pero su nacimiento ocurrió en una época trabajada por los desastres y las convulsiones mas tremendas, y el augusto niño, á quien debía sonreír la fortuna, adquirió no obstante un gran tesoro de tribulaciones identificando sus padecimientos con los del país en que vió por primera vez la luz del día.

Verificóse su bautismo con la pompa y ostentación acostumbrada, siendo padrino su tío el infante D. Antonio, y recibiendo los nombres de *Francisco de Paula Antonio Maria*.

Su educación fue esmerada; los hábiles profesores Lío, Maturana y Giraldo, le instruyeron en matemáticas, fortificación, idiomas, religion é historia; además estudió en la escuela Pertalociana, dirigida por el coronel Amorós. Desde muy temprano demostró un amor decidido á la milicia: como hijo del rey, era *capitán general* nato de los ejércitos.

Cuando un ayudante francés, al ver la resistencia del infante el día Dos de Mayo de 1808, á seguirle si no se le manifestaba á donde iba á ser conducido, lo trató de una manera brusca, asiéndole de un brazo al bajar las escaleras de palacio, una muger anciana que estaba cerca del zaguanete, dió un fuerte bofetón al ayudante imperial: suspendida la marcha del infante por efecto de la revolución, provocada por este hecho, lo hicieron asomar á uno de los balcones de palacio, para que desde allí hablara á los españoles: lo hizo, en efecto, procurando mostrar la faz serena, y articuló algunas palabras para dar á entender que no era víctima de la violencia. Al día siguiente salió de Madrid con el uniforme de capitán general.

Durante su trayecto á Bayona no quiso acostarse por no dejar el uniforme y la es-

pada, y al llegar á este punto, á las instancias de algunos oficiales del imperio y áulicos de Napoleon, contestó con una entereza, sorprendente en su edad: «Yo no soltaré mi espada mientras en España subsista un solo francés.»

El infante D. Francisco no puso su firma al pié del acta que se estendió el 10 de Mayo de 1808, de abdicación de Carlos IV y Fernando VII, y la renuncia de D. Carlos por sí y en nombre de sus descendientes, á todos los derechos próximos ó eventuales á la corona de España; según unos, en atención á su corta edad, ó porque, según otros, demostrara la misma energía que desplegó al tratar de que dejara su espada: subsistiendo firme su derecho en medio de aquella tormenta, mientras que el de las demás personas reales estaba abatido y hollado. Permaneció en Bayona al lado de los reyes, y el mismo 10 de Mayo se trasladó con ellos á Fontainebleau, y desde allí á Compiègne. En este punto permaneció hasta 1812, en que se trasladó á Roma, donde continuó sus estudios, siendo sus maestros D. Juan Rivera y el célebre Richewak.

El largo período de su ostracismo lo invirtió en recorrer los principales pueblos de Europa, examinando sus costumbres y su constitución social y política.

En Italia se enamoró de su prima la infanta Doña Luisa Carlota, con la que casó después de su regreso á España en 11 de Junio de 1819.

Restablecido Fernando VII en el sòlio de sus mayores, regresó el infante á España en 12 de Mayo de 1818.

En los acontecimientos políticos de 1820, el infante permaneció firme en la línea de su deber, no obstante lo difícil de su situación, puesto que el Código constitucional de aquella época privaba á sus hijos del carácter de infantes españoles. Había jurado acatar la Constitución de 1812, y aunque esta vulnerara sus intereses, no quiso prestar su nombre para enseña de un partido, ni alentar las esperanzas de los amigos ó enemigos del órden político á la sazón vigente. Esta conducta neutral le grangé la deferencia y respeto de los hombres honrados de todos los partidos.

La reacción de 1823, aunque muy desencadenada, no llegó á herir al infante, por mas que este mostrara sin rebozo sentimientos humanitarios y conciliadores, empeñándole mas en ellos la conducta franca y leal de su esposa Doña Luisa Carlota, que ejerció una verdadera influencia sobre el espíritu del rey para inducirle á casarse con su hermana la princesa de Sicilia, Doña María Cristina de Borbon. Desde este momento, el infante se vió rodeado de cierta consideración política, pero repugnando á su carácter constituirse en corifeo de ningún partido, trataba de alejarse de la corte pasando largas temporadas en los sitios reales ó en las provincias.

En Julio de 1832 marchó á Sevilla, y allí tuvo noticias del grave estado de salud del rey, y á su decisión y denuedo y á su oportuna llegada á la Granja, no obstante los medios empleados para retardar su venida, se debe quizá en gran parte el que Isabel II ciña hoy la corona de España.

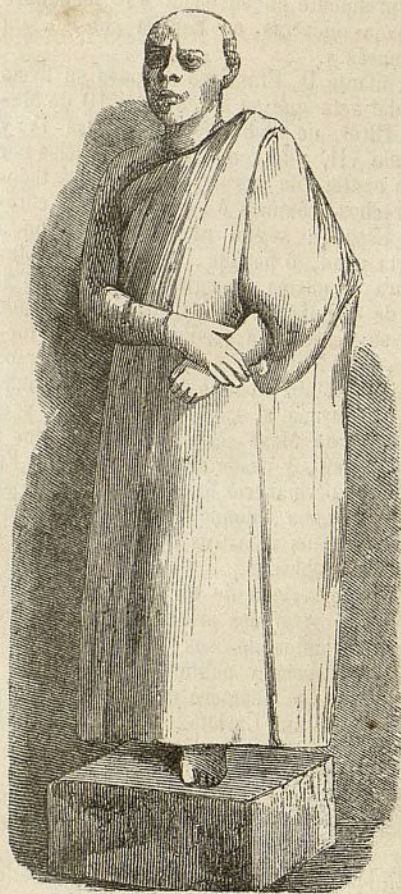
Su conducta posterior correspondió á este hecho, siendo su única aspiración la del enlace de su hijo primogénito con Isabel. Permaneció en la corte hasta 1838, en que salió para Francia con su esposa y familia.

Fijaron su residencia en París, donde trataron de perfeccionar la educación de sus hijos D. Francisco de Asís y D. Enrique.

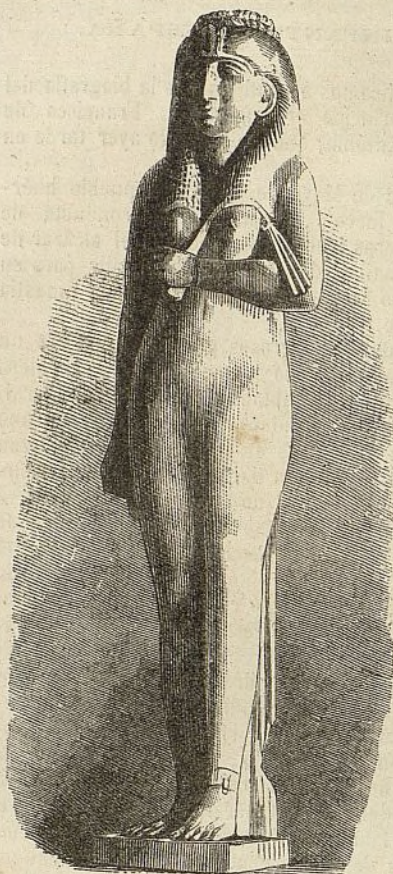
Regresó á España en 1842, y se estableció con su familia en una humilde casa calle de la Luna, por no permitirle que ocupase su habitación en Palacio.

Su esposa murió el 29 de Enero de 1844. Al día siguiente se trasladó al palacio de

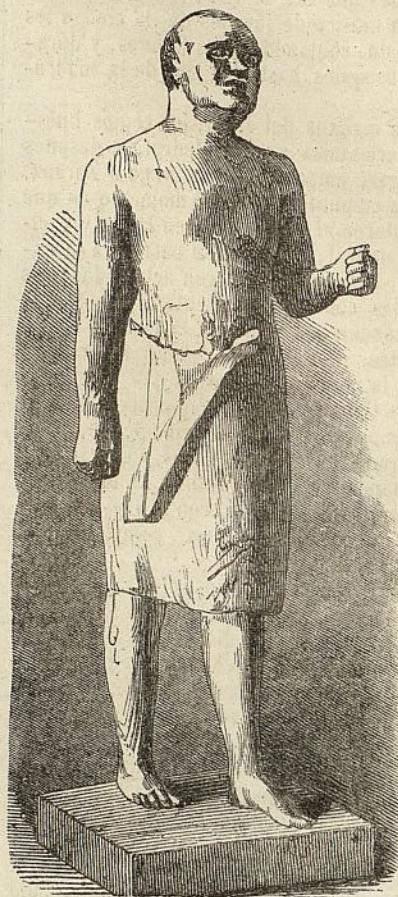
ANTIGUEDADES EGIPCIAS.



SACERDOTE DE LA IV DINASTÍA.
(Estátua de madera.)



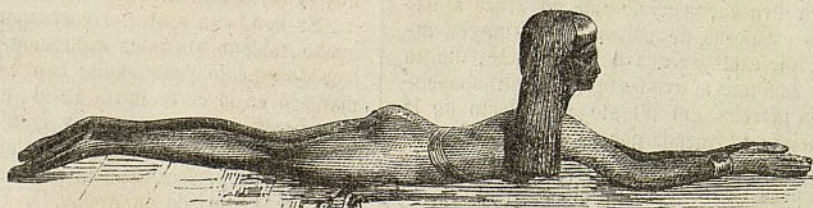
LA REINA AMNESITIS.
(XXV dinastía.)



ESTÁTUA DE MADERA.
(IV dinastía.)



ESTÁTUAS DE LAS PRIMERAS DINASTÍAS.



ESTÁTUA DE MADERA FORMANDO UNA CUCHARA.



ESTÁTUA
DE LAS PRIMERAS DINASTÍAS.



CIERVO



CIERVO Y CIERVA.

San Juan, encontrándose presente al casamiento de su hijo, el rey hoy, en 1846.

En 1847 fue á Guipúzcoa, despues á Burgos y posteriormente á Valladolid, regresando á la corte en 4 de Mayo de 1850.

Falleció el 13 de Agosto de 1865, dejando gratísimos recuerdos por las grandes simpatías que en todos los círculos sociales supo grangearse por su carácter bondadoso, franco y leal, por su generosidad proverbial, y por su constante afición á interesarse y á abogar por los desgraciados.

En la familia real de España fue siempre el representante de las tendencias liberales de la época, y por este motivo también ha sido siempre muy querido del pueblo español y particularmente del pueblo de Madrid.

Deja á su fallecimiento dos hijos: S. M. el rey D. Francisco de Asís, y el infante Don Enrique María Fernando, duque de Sevilla, que nació el 17 de Abril de 1823, y estuvo casado con Doña Elena de Castellvi y Shelly Fernandez de Córdoba, ya difunta.

Además el infante D. Francisco deja cinco hijas: Doña Isabel Fernandina, que nació el 18 de Mayo de 1821, y se casó en 26 de Junio de 1841 con el conde Ignacio Gurowski; Doña Luisa Teresa Francisca María, nacida el 11 de Junio de 1824, y casada el 10 de Febrero de 1847 con D. José Osorio de Moscoso y Carvajal, conde de Trastámara y duque de Sessa; Doña Josefa Fernanda Luisa de Guadalupe, nació en 22 de Mayo de 1827, y el 28 de Junio de 1848, contrajo matrimonio con el Excmo. Sr. D. José Güell y Rentá; Doña María Cristina Isabel, nació el 5 de Junio de 1833, y el 19 de Noviembre de 1860 se casó con su tío el infante D. Sebastian, y por último, Doña Amalia Felipa Pilar, que nació en 12 de Octubre de 1834, y en 26 de Agosto de 1856, contrajo matrimonio con el príncipe Adalberto, hermano del rey de Baviera.

EL MUSEO DEL CAIRO.

Hace pocos años que el pensamiento de conservar en Egipto los monumentos de la ciencia y del arte antiguos que iban á enriquecer las colecciones de París, Turin, Londres y otras capitales de Europa fue acogido favorablemente por el virey, y gracias al infatigable celo de Mr. Mariette, encargado de la dirección de los trabajos, mas de quince mil objetos encontrados en los templos, en las ruinas de los pueblos, al pie de las pirámides y en las necrópolis de Egipto componen hoy esta colección destinada á ser la mas completa y mas curiosa de todas las que existen.

En tanto que se construye un edificio con el esclusivo destino de colocar en él las antigüedades, se ha dispuesto un museo provisional cerca del Nilo, que se compone de cuatro salones, que rodean un patio casi cuadrado. Los monumentos se conducen por el rio y son trasportados fácilmente al lugar donde han de conservarse; allí se colocan mas bien en razon de su tamaño que de su valor artístico ó histórico.

En la primera sala están depositados los trozos de mayor tamaño de piedra caliza, granito y pórfido. Allí se ven las esfinges traídas de Serapeum y de Saro. Tres estatuas pintadas llaman particularmente la atención por el modelado de las figuras y el estudio anatómico de la musculatura; están colocadas de esa manera peculiar del arte egipcio, con los brazos pegados siempre al cuerpo y la pierna izquierda avanzando constantemente, posición impuesta por la religion para las estatuas de los templos; pero se comprende á poco que se las considera que si el artista

las esculpió bajo esta fórmula reglamentaria, pudo hacerlo en otras posiciones, pues el arte estaba muy adelantado durante la cuarta ó quinta dinastía, época á la que pertenecen dichas estatuas.

En un ángulo del salon, en medio de sarcófagos y estatuas diversas, se vé sobre un zócalo sencillo y sin adornos la estatua, mayor que el natural, de diorita (mármol verde con rayas amarillas) de Chephren, fundador de una de las pirámides de Giseh, precioso descubrimiento debido á Mr. Mariette y monumento incomparable del arte en aquella época. El rey está sentado sobre el trono en la actitud consagrada, su posición es algo rígida, es cierto; pero la magestad severa de su rostro se echa de ver al punto. Hace mas de cinco mil años que el escultor trabajó esta obra verdaderamente régia. ¿Hubiese hecho mas andando el tiempo, el arte griego?

La actitud casi siempre igual de las estatuas egipcias ha dado margen á creer que los artistas de aquellas remotas edades no hacian otra cosa porque no sabian mas y que les era completamente desconocido el arte plástico. Nada mas falso, y en prueba de ello véanse los grabados que publicamos en este número.

Esas dos mugeres arrodilladas y ocupadas en amasar pan, ¿no tienen movimiento y animación?

Ese sacerdote egipcio envuelto en el manto, ¿no está fuera de lo que se cree que es invariablemente la escultura egipcia, no se vé ahí el arte plástico? Y los artistas que mas de dos mil años antes del siglo de Pericles esculpian en madera, en bronce, en mármol ó en granito esas obras tan notables, ¿no hubieran esculpido los Apolos del Belvedere y las Venus de Médicis si se les hubiese dejado en libertad? En Egipto existian reglas, leyes políticas y religiosas que abatian el vuelo del arte y que, para evitar los arranques demasiado apasionados de aquellos pueblos hacia la belleza material, prohibian su reproduccion por medio de las artes en todo aquello que debia presentarse á la vista del público.

¿Cómo dudar de la perfección posible á que hubieran llegado los artistas egipcios, si hubieran tenido libertad, cuando se examina en detalle de esa pequeña estatua de madera, que procede de la cuarta dinastía, esto es, de la época de la fundación de las pirámides, hará cosa de 5,500 años? Representa un personaje de la época; el *canjar* que lleva al lado indica que tenia derecho de usar armas, su posición es sencilla y natural, su cabeza, tal vez retrato, es estudiada y acentuada con la mas completa maestría. Su expresión es á la vez de ironía y de calma, y para aumentar la ilusión el artista ha dado por un ingenioso procedimiento, vida al ojo, cuya mirada parece que sigue al que la contempla. Este procedimiento se reduce á introducir en la cavidad del ojo, cuyo blanco está formado por un pedazo de marfil engarzado en bronce, una pupila de cristal de roca colocada sobre un fondo colorido y provista en el centro de un pequeño clavo de plata. Esta ingeniosa combinación produce un efecto de una realidad asombrosa.

Si no se admite que en el antiguo Egipto, país gerárquico por excelencia y reglamentario en todas las cosas, los sacerdotes, que lo dirigian todo, han entorpecido el desarrollo del arte, no se puede explicar cómo, despues de haber hecho tantos progresos en las primeras dinastías, el arte egipcio aparece estacionario mas tarde, y tendríamos que creer en su decadencia si en las mismas posiciones convencionales de las obras posteriores, no se encontrara, á pesar de la tirantez de esas posiciones, la misma delicadeza de cincel, el mismo sentimiento de la naturaleza y de la vida.

Nada mas bello en el género hierático propiamente dicho que una estatua de alabas-

tro, que por la belleza de la materia, por la finura de la ejecución y por su perfecta conservación es el objeto mas precioso del antiguo Egipto conocido hasta el día. Las inscripciones del pedestal de basalto revelan su nombre y su historia: es la reina Amnesitis de la vigésima quinta dinastía y parece que contrajo un matrimonio desigual. Se la encontró tendida en la arena delante de una de las puertas de su palacio de Karnac.

Nada diremos de las colecciones de bronce, de sarcófagos, de escarabajos, de medallas, de utensilios de toda especie que se conservan en los almaris del museo. Solamente hablaremos de un modelo de cuchara, formada por una muger tendida como en actitud de nadar. Nada mas gracioso que su bonito rostro, nada mas delicado que su cuerpo voluptuoso y casto á la vez. Sus manos sostenian la cuchara y sus piés delicados forman la estremidad del mango. ¿Quién diría que en el país donde se fabricaban hace miles de años tan bellos modelos de cubiertos para comer sus habitantes, se come en el día con los dedos, hasta en la corte, y no solo la ensalada sino hasta la crema! Grandeza y decadencia; pero bien pronto renacimiento y progreso.

El rompimiento del istmo de Suez llevará en breve gran número de europeos al Egipto, y poco á poco nuestras costumbres irán tomando en Oriente carta de naturaleza.

EN LA MUERTE DEL ILUSTRE PORTA

DUQUE DE RIVAS.

¿Quién dice que murió? ¿por qué resuena
La funeral campana,
Cuando aun su voz el universo llena
Y su canto enajena
Cual deliciosa música lejana?

¡Morir! ¡envejecer! ¡ley permanente
Exenta de mudanza!
Mas no habla con el sábio, eternamente
Vive el génio eminente
A quien la ley de perecer no alcanza.

Siempre el talento es jóven, siempre hermoso,
Ni envejece, ni muere,
A través de los siglos luminoso
Cruza magestuoso
Y al espíritu público se adhiere.

Aun vive Calderon, aun escuchamos
Con silencio profundo
Su *Vida es sueño*, siempre le admiramos
Y con placer lloramos,
Porque aun le es dado conmover al mundo.

Aun vemos á Cervantes macilento,
Humilde, triste y solo,
Crear en su divino pensamiento,
El sublime portento
Que su nombre llevó de polo á polo.

Aun vemos otros hombres eminentes
Que ha siglos fallecieron,
Vivir en la memoria de las gentes;
Aun lucen esplendentes
Los lauros que en el mundo recibieron.

¡Y dicen que murió! ¡que ya no es nada,
El virtuoso sábio,
El literato ilustre, que asombrada
Deja y embelesada
A la Europa pendiente de su labio!....

Es verdad que calló; su lengua muda
Un discurso florido
No vuelve á pronunciar; mas nadie duda
Que en el sepulcro escuda
La materia no mas de lo que ha sido.

Su espíritu, su génio, su alma hermosa,
Viven con nueva vida,
Con la vida feliz, bella y gloriosa
Que alcanzan tras la fosa,
El génio y la virtud esclarecida.

Ahora empieza á vivir, de la cadena
Libre su pensamiento,
Elévase á una esfera de luz llena
Donde brilla serena
La antorcha divinal del sentimiento.

Grande es en todo el genio verdadero,
El fue noble, piadoso,
Y por eso le rinde el mundo entero,
Homenaje sincero
De gratitud y amor respetuoso.

Y libres de la sombra del olvido
Quedan sus creaciones;
Del mundo en el espacio suspendido
Su genio esclarecido,
El asombro será de las naciones.

Y mientras que su alma allá en el cielo,
Disfruta eterna gloria,
Nos servirán sus obras de modelo,
Y vivirá en el suelo,
Por infinitos siglos su memoria.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.
Julio de 1865.

A MI BUEN AMIGO
EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CABRIÑANA,
EMINENTE POETA.

SONETO.

Codicia el vulgo, de brillar sediento,
El mundano poder y la riqueza,
Dones que desaparecen con presteza
Cual niebla leve que arrebató el viento.

De la santa virtud y del talento,
Que al hombre ofrecen perenal grandeza,
El noble, el sábio á la suprema alteza
Aspiran solo con sublime aliento.

Así tú, caro amigo, que comprendes
Cuán vanas son las dichas mundanales,
En la llama del bien tu pecho enciendes:

Y del genio en las alas celestiales
Al templo augusto del saber asciendes,
Alcanzando laureles inmortales.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

TROVAS.

A Leda.

Cual fuente sin surtidores
Que seca ardoroso estío,
Es, no lo dudes, bien mio,
Un corazon sin amores.

Planta que amanece erguida
Sin perfume y sin color:
Que la vida del amor
El aroma es de la vida.

Y la azucena galana
Que sobre el tallo cimbrea,
Si la brisa no la oreja,
Dura.... una sola mañana.

Hoy sin amor no concibo
Tu seductora hermosura,
Que es una ley de natura,
«Yo amo porque yo vivo.»
Si es que no sabes amar,
Ni tampoco aborrecer,
Yo te enseñaré á querer,
Te enseñaré á delirar!

No es mi corazon estrecho
Para tu amor, mi querida,
Que tienen harta cabida
Dos almas en solo un pecho.

Vuela á mí con ansiedad
Cual vuelo á tí sin zozobra,
Cual pájaro que recobra
Su perdida libertad.

Ven y crucemos en calma
El mundo de la ilusion,
Y dame tu corazon,
Que yo te daré mi alma.

AURELIANO RUIZ.

LA CAZA DEL CIERVO.

Un amigo nuestro consumado cazador, nos ha referido multitud de veces los accidentes de la caza del ciervo y el venado en Mobile (Estados-Unidos), donde ha permanecido bastante tiempo; y hoy vamos á nuestra vez á relatarlo á nuestros lectores.

A veinte leguas N. O. de la ciudad de Mobile, sobre la frontera de los estados del Missisipi y Alabama, existen inmensos bosques de pinos cortados acá y allá por largas sábanas, por medio de las cuales pasan arroyos, producto del desagüe de las colinas circunvecinas. Estos arroyos dan á los campos que les rodea una vegetacion desconocida en todas partes, á no ser en las latitudes tropicales. De cada lado y del centro mismo de los arroyos, se elevan espesuras de cipreses, magnolias, álamos y laureles, mezclados y confundidos los unos con los otros por miles de lianas, de las que hay algunas que miden mas de 100 piés de longitud. Hay muchas especies de estas lianas adornadas de gruesas espinas, y otras cuyo contacto es venenoso. Estos centros de follage y verdura, pues, son como podeis imaginarlo asilos impenetrables, donde todos los animales salvajes, como son el ciervo, el lobo, el gato-tigre, y algunas veces el oso y la pantera encuentran su subsistencia, y una defensa segura contra los cazadores americanos. Por la naturaleza de estos lugares y por la falta de comunicacion, están siempre deshabitados. Las márgenes de estos arroyos, por efecto del terreno, son de una tierra pedregosa que solo cria gigantescos álamos y encinas enanas que apenas pueden vivir bajo sus bóvedas. Sus vertientes la mayor parte del tiempo húmedas á causa de las frecuentes inundaciones en invierno, están siempre cubiertas de espesa y mala yerba para pastos, pero de altura algunas veces de siete piés.

Uno de estos lugares era el elegido por nuestro amigo y sus compañeros para sus cacerías, y dejamos las dificultades del camino, entre otras la de cruzar con los carros por cima de troncos de árboles gigantescos, para pasar á nuestra referencia.

Una vez llegados al sitio, levantaron fácilmente sus tiendas de campaña, encendieron un buen fuego y colocaron y alimentaron sus caballos, poniéndose en seguida á cenar la abundante cacería de aves recogida por el camino, concertando despues en la sobremesa se empezaria la cacería la mañana siguiente, y pasando en seguida á buscar el reposo en mullidos lechos de hojas secas, cubiertos de una buena piel y abrigados con gruesas mantas de lana.

Ligeros para el vestir al rayar el alba todos estaban de pié, y despues del almuerzo breve y excelente de un trozo de carne asada, algunas pastas, y un buen vaso de café, estaban todos preparados. Buenas escopetas de 38 á 40 pulgadas de cañon y con 16 postas cada una.

En cada caballo, y por detrás en la silla habia dos correas, esto y el cuchillo de caza, y la bocina colgando de la espalda completaban su atavío. En el sitio ya, y divididos en dos partidas cada una á un lado del arroyo, casi en círculo, déjanse en el centro al jefe de la partida, cuyo trabajo verdaderamente es el mas penoso. Encargado éste de la direccion y cuidado de los perros, y de franquear los malos pasos, su sitio es el primero, y él el primero por lo tanto que con los perros debe desalojar la caza, por cuya razon su tiro es el mejor. Bala un ciervo y levantado por los perros sale de su guarida, pero sin correr; entonces muy fácilmente, el primer tiro que se le dirige es el del jefe explorador; si este tiro no le hiriere, á doscientos pasos de allí suena otro y des-

pues otro, y otro sucesivamente, de modo que la bestia llega difícilmente á conquistar y ganar la colina para ponerse en salvo; y esto sucede ya sea por la una ó por la otra parte del rio, ó á la par por las dos, por haber salido al mismo tiempo dos ó mas cabezas en distintas direcciones. Si una cabeza de ganado se teme pueda escapar, se acude con los perros que al sonido de la bocina aullan de entusiasmo, y cerrándose entonces la línea de cazadores, se logra por fin darle muerte. Si uno de los tiradores tocara la res, esto se conoce fácilmente por un movimiento brusco de la cola del animal, y arrojando entonces gritos el cazador, anima á los perros que le siguen, precediendo el escape de su caballo hasta rendir al animal y darle muerte. La pobre defensa de estas reses consiste en los cuernos y en las patas, con las que pueden causar bastante daño, pues el golpe es peligroso. Conseguida la muerte del animal, el cazador baja de la silla y coloca en la grupa del caballo el animal muerto, sujetándolo con las correas, ó bien haciéndolo cargar sobre las caballerías que conducen las provisiones, guiadas por negros del pais; y así se continúa hasta la caída del sol, en que el jefe de la expedicion hace levantar el campo para volver á casa.

El número regular de las partidas de cazadores es el de ocho, pues si pudiese allegarse mas número es conveniente la separacion en dos grupos y en lugares bien apartados.

Los ciervos no se encuentran siempre entre los matorrales, pero este es el mejor sitio para hallarlos. Frecuentemente, dice nuestro amigo, me ha sucedido el ver levantarse un ciervo entre las patas de mi caballo, saliendo de entre las yerbas, y jamás haber podido herirle. Algunas veces tambien sucede dejar el ciervo pasar al caballo para quedarse oculto detrás, y este tiro del cazador, volviéndose sobre la silla, es de los mas interesantes.

En esta cacería se suelen presentar muchos accidentes, como son, aunque raros, el encuentro de otros animales, y entonces tambien aunque sin reglas ni preparacion alguna deben los cazadores demostrar su valor y destreza consiguiendo la muerte de la fiera.

Por la noche es escusado decir que á el olor de las caballerías y de las reses muertas suelen rodearse los caserios morada de los cazadores, de legiones de lobos, que les dan continuas serenatas de aullidos, y que deben tener cuidado de espantar á fuerza de tiros.

Concluida la cacería que regularmente dura una semana y con el número de cazadores que hemos dicho, suelen matarse cuarenta y cincuenta cabezas, vuelve la comitiva triunfante, penetrando en la ciudad al són de las bocinas y ostentando sobre las caballerías las reses muertas.

Exactamente y con ligeros variantes, aunque con mas ostentacion al volver á la ciudad, y sin ser nosotros cazadores, hemos asistido á una cacería en Sierra-Morena, habiendo matado diez y seis venados y nueve jabalies.

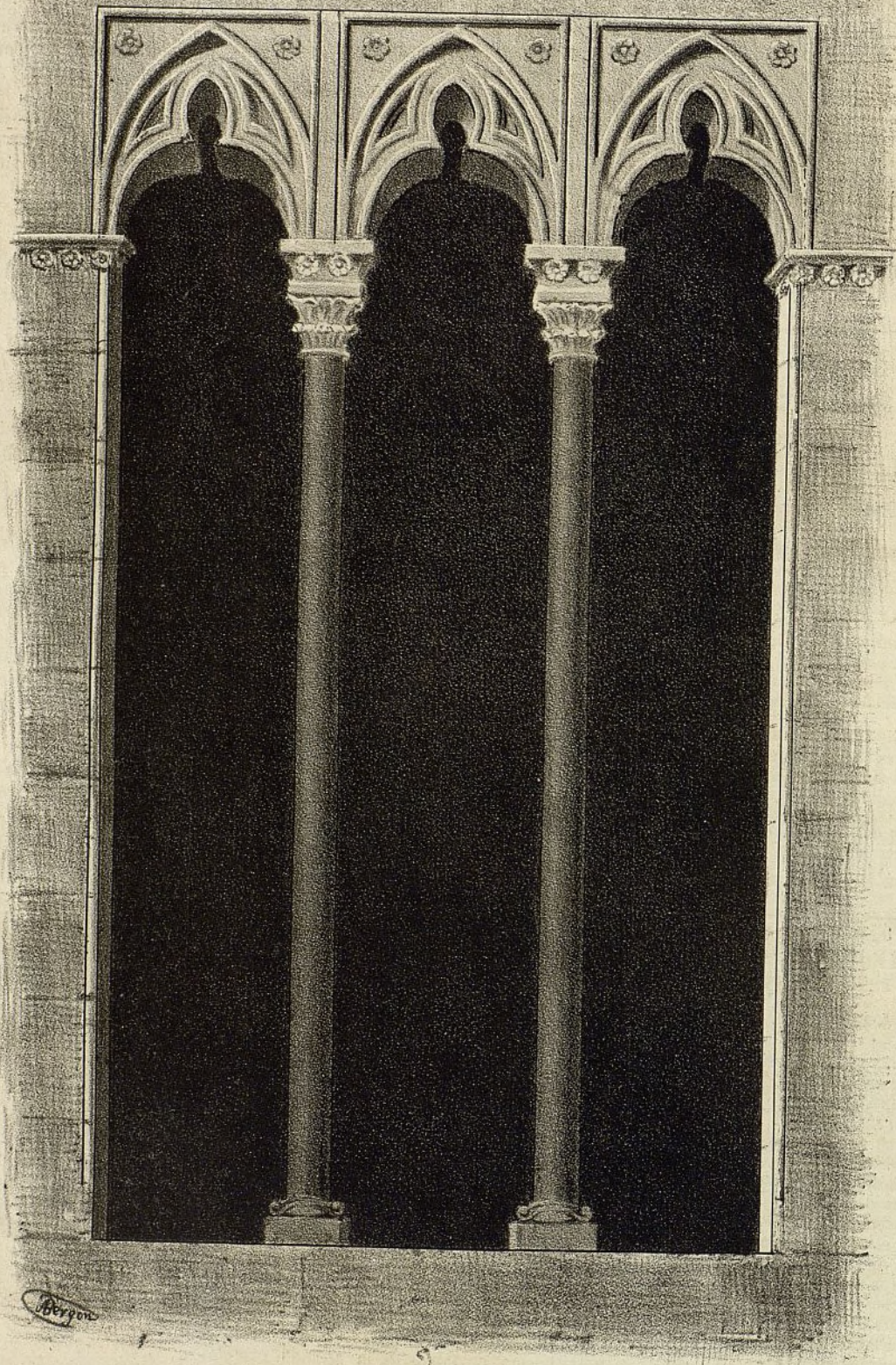
D. D. L.

Por todo lo no firmado:
GERONIMO FLORES.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.



UNA DE LAS VENTANAS DEL CUERPO DEL EDIFICIO, QUE ESTABA CONTIGUO AL PALACIO DE LOS DÚQUES-DE MANDAS.

Lit. V. ALEGRE, 2^a Constitución, 8. 1840.